

# BODA GITANA

por Edmundo COSTILLO MARIN

**L**OS gitanos llenan sus conciertos amorosos, como todo lo que atañe a sus vidas, de ritos singulares. Ya sean del clan de convivencia próxima, que es lo normal, o de otros distintos. Cuando un gitano quiere cortejar, porque halla la gitana de sus buenos deseos, la posible relación se inicia preguntándola: ¿Eres mocita? La sencilla pregunta tiene un muy hondo y trascendente significado; y, ella, al constatarla afirmativamente, sabe cuánto encierra de responsabilidades su respuesta. Ya así, queda concertado el noviazgo, que se prolonga muy poco tiempo en correcto parloteo de esperanzas e ilusiones, en tanto ella prepara el ajuar, que sue e ser muy elemental y sencillo, y el gitano reúne el parné necesario para los gastos del bodorio, y algo más para las primeras necesidades del matrimonio. Conseguído esto, se produce el ritualismo de la fuga, que consiste en que el novio lleve a su prometida a su cueva o vivienda, y la deposite al cuidado de su madre; es decir, de la que ha de ser suegra de la muchacha. Bajo la responsabilidad, y como depósito sagrado que nadie puede interferir, esa suegra cuida, con vigilancia suma, la integridad virginal de la novia. Tan sagrada es esta práctica, que de ella depende la boda, y que ésta se celebre con inusitada alegría y constituya paz y afectos entre las familias de los futuros contrayentes.

Ante el hecho consumado de esta fuga, los padres de ambos entablan negociaciones, como si fuese un trato, de los detalles de dote y acomodamiento. Estas negociaciones son un juego de chalanería, algo de toma y daca, ofrecer y negar, pero de todos modos se termina en feliz acuerdo fijándose la fecha de la prueba, que es premisa de la boda que se celebrará después.

En el día fijado, familiares y amigos se reúnen en la vivienda de los padres de la novia, que han de mostrarse obsequiosos, y organizándose con este motivo alegre y ruidosa fiesta a la hora de la anochecida. Es obligado que el gitano raptor acuda ante sus futuros suegros para pedir perdones por su hazaña, que de buen grado se le conceden. Se trasiega vino, suenan las guitarras, y, en crescendo, el jolgorio hasta las primeras horas de la madrugada. Llegado ese momento en el reloj sideral, los novios, las dos consuegras, la mujer más vieja de la tribu, pitonisa la más importante para el caso, y parientes y amigos, mozos y mozas, van a la casa o cueva del novio. En la puerta se quedan los solteros; en la cocina solamente las consuegras. A la alcoba inmediata pasan los novios y también la anciana de la tribu que suele disfrutar de confianza absoluta. Transcurren largos momentos de ansiedad y no desajenados de angustia también. Al fin sale la vieja testigo, que toma la denominación de la mataora y muestra un paño de inmaculada blancura, y sobre él, unas manchas rojas, flores de virginidad. Las consuegras, intensamente gozosas, son las primeras en mostrar su alegría elevando los brazos al cielo como si diesen gracias por el acontecimiento. Y la venturosa buena nueva, se acoge por cuantos esperan en la puerta con jolgorio y júbilo inusitados, que ya entran en tumulto en la cueva, coronan a la novia con flores; las mozas llavan a la novia en alto, y los mozos al novio hasta donde esperan los padres y la gente madura invitada, en silencio preocupado. Es entonces, en las primeras luces del alba, cuando se hace el desfile pintoresco, y fantástico a la vez, acompañado de bellas canciones. Todos los contentos se manifiestan desbordantes hasta el paroxismo y la locura. En medio de las dos consuegras felices, marcha la anciana mataora exhibiendo el manchado cendal. Los que esperaban silenciosos y ceñudos, con las guitarras mudas, salen a recibirlos alborozados sumándose a las expresiones de alegrías dislocadas. Tanto es el frenesí que domina, y entre ellos se contagia, que muchos se rasgan sus camisas, lanzan al aire sus sombreros, los pisotean como en danza absurda y desordenada. Entonces sí, las guitarras suenan enardecidas, locas; chocan los vasos en brindis de enardecimiento, palmoteo, castañuelas sin ritmo, gritos; un extraño exorcismo de locura invade a todos, hasta que el cansancio, el vino trasegado, las emociones de la noche rinden, convirtiéndolos en piltrafas humanas.

Días más tarde, con respeto y religiosidad, se celebra la boda en la próxima iglesia, y el contento, entonado y prudente, acompaña a los contrayentes y se cierra el festejo con un sencillo refrigerio.

Sin duda acuciará la pregunta de si el paño blanco sale de la al-  
coba sin las flores rojas. ¡Ah!, entonces, se producirá la tragedia, y,  
en consecuencia, guitarras, cacharros, muebles, nada queda sano;  
se traduce en batalla campal entre las dos familias y sus afines; sa-  
len a relucir las navajas y se inicia una campaña de odios y acome-  
tividades que, a veces, dura muchos días y hasta perdura en el tiem-  
po. Siempre hay algo trágico que lamentar. El fanatismo entre los  
gitanos en este punto, es de una intransigencia brutal. De ahí que la  
mocita a quien se requiere de amores, ha de tener muchas segurida-  
des de sí misma al contestar a la pregunta del pretendiente cuando  
le dice: ¿Eres mocita?

\*\*\*\*\*

## Sueño - Senda

El sueño es un camino caminado  
de noche. Y cada noche es diferente.  
Sus paisajes, que apenas se insinuan  
en la sombra, no hastían. Son misterio.

Es esa cara oscura de la vida  
que no tiene reloj ni rinde fruto.  
Pero en él se remansa toda sangre  
y todo sentimiento allí madura.

El sueño es un camino de medusa  
y para en él perderse no hacen falta  
estos sufridos pies de barro nuestros:  
¡Es como si el camino caminara!

José DEVESA

# LA LENGUA DE CERVANTES

(Oído en un complejo estival)

—¿Gin o whisky?—. Pregunta un ligeramente vestido veraneante con  
una mano dubitativa flotando sobre las botellas.

—La verdad, yo a esta hora prefiero un *cup*—. Responde otro que es-  
tá sentado a la puerta de su tienda. —A estómago vacío eso me cae mal.

—Yo no puedo pasar sin mi *high ball*, como los buenos. Tú no estás  
*in*: se ve que no eres más que un *rocker*.

—¿Quién me llama?— interroga un tercer hombre acercándose.

—No era por ti, amigo Roque. Lo decía por Jim, que es un anticua-  
do que aún baila el *rock and roll*.

—¡Hombre!: el *rock* está ahora en el *hot top*. Lo que ya pasó es el  
*Twist*, como el *Madison* y el *Hully fully*. Con que tú verás... Y a ti, ¿có-  
mo se te ocurre llamarte Roque?

—Es lo que me pusieron en la pila. ¿Cómo se te ocurre a ti llamarte  
Jim?

—Son cosas de Jenny, que no le gusta el Santiago. Peor es el caso de  
Fred, aquí presente.

—¡Hombre!, llamándose uno Lactancio no es demasiado *snob* hacer-  
se llamar Fred...

—Tienes razón. ¿Te haces por fin el *bungalow* en Marbella?

—No. Yo me atengo al *camping*, que es lo mejor para el *week end*.  
Soy persona *standard*.

—Y si puede ser, vienes en *auto-stop*.

—Hombre, tengo un *jeep* de esos *Land Rover*, pero me gasta mucho  
*gas-oil*.

—Es mejor gastar el ajeno ¿Cómo te fue ayer la pesca?

—Cogi tres *black bass* de cuatro pies cada uno.

—Serian lagartos—, intercaló el llamado Roque.

—Digo pies de largo, hombre.

—No hay nada como la caza en plan de *hobby*— dijo Fred. —Yo ten-  
go una *Hammerless* belga que caza sola.